

sion inteligente, consagrados al culto de los fetiches y vestidos por este título con un traje bastante raro. La prenda principal era un taparabos ceñido á las ca-

deras con un cinturon de perlas blancas y adornado de arabescos, unos de perlas, otros hechos con una especie de felpilla roja: de su remate desigual y festo-

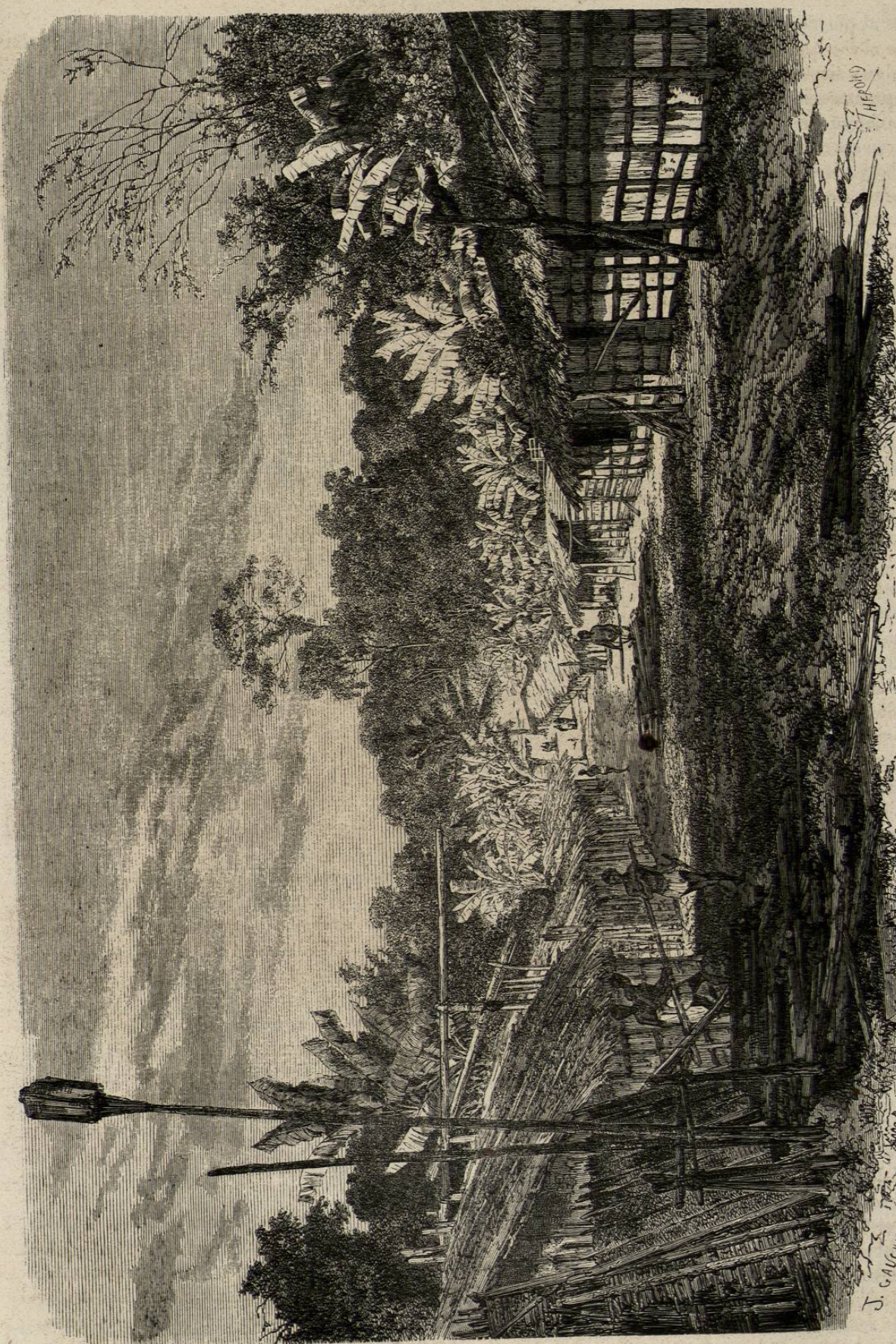


Mujeres de la tribu de los pahués.

neado pendían grupos de perlas azules y campanillas. Sartas de perlas de todos colores colgadas al cuello ó en forma de banda, brazaletes y ajorcas de cordoncillo rojo, anillos de cobre en las muñecas y en los tobillos completaban este traje original. Los pequeños eticheros lo conservan hasta la edad de los diez y

siete ó diez y ocho años, época en que se inician en los secretos de la religion y *van al fetiche*, segun la expresion recibida. Hasta entonces es para ellos de rigor el celibato, y una vez iniciados vienen á ser feticheros en título y entran en la vida comun.

Acompañados de estos levitas de nuevo género su-



Caserío pahués.

bimos al pueblecillo de Arumbé, donde esperamos á que el rey quisiera honrarnos con su visita. Necesitó algún tiempo para ponerse su vestido de ceremonia, que merecía en efecto ciertos miramientos. Era un uniforme que había pertenecido no sé á qué ejército, con sus charreteras de lana amarilla, sus galones de cabo y sus botones en que se veían de relieve tres cañones y este lema: *Ubique* (por todas partes). Jamás fue una divisa mejor justificada. Y ¿quién sabe por qué peripecias ha pasado esta casaca de cabo antes de venir á parar á este lago desconocido para servir de vestido de gala á un viejo rey negro?

Si la casaca podía pasar por rica, el resto del traje daba una idea muy mediana de la fortuna de este rey pontífice y del fervor de los fieles del país.

*Yondogowiro*, que así se llama este raro personaje, no es en verdad el gran jefe de la religión; el que representa esta dignidad, cuyo valor no es fácil apreciar, vive en un pueblecillo del Ogo-Wai y rara vez viene á Arumbé. Los dos pertenecen á familias sacerdotales; y por no faltar á su noble origen *Yondogowiro* está casado con una prima del fetichero supremo, el que más tarde se ha casado con N'Gowa, hija de su nuevo primo. Estas dos mujeres, presentes á la sazón en Arumbé nos ofrecieron tipos perfectos del tocado del país, que difiere mucho del gabonés.

Desde la casa en que nos recibió el rey, se gozaba de un espectáculo curioso. Un grupo de plátanos plantados en medio del pueblo había sido adoptado por domicilio de un pajarillo que hizo allí su nido á espensas de la misma planta. Ya se sabe que la hoja del plátano es una larga espina de que parten por ambos lados numerosas fibras, cuya justa-posición constituye la parte plana de la hoja: es como una inmensa pluma, cuyas barbas están pegadas. El pájaro aísla estas fibras una á una sin despegarlas de la espina, y después las teje y las emborra. Cada hoja así trabajada suministra materiales para una docena de nidos que permanecen suspendidos de la espina. Nada más gracioso que esta alada república que parece comprometida á pagar con una ruidosa alegría la hospitalidad del pueblo.

Acompañados de *Yondogowiro* y de la reina Agueille fuimos por la siesta á ver las islas sagradas; y, lo digo desde luego, á pesar de las siniestras predicciones, fue un paseo tan agradable como puede serlo una excursión en piragua, bajo una temperatura de 39° 5 décimos (cielo cubierto.)

Figuras dos islotes ó mas bien dos enormes grupos de verdura reflejándose en agua límpida y literalmente cubiertas de pájaros de todas formas y colores, que se entregaban á sus alegrías en la mayor seguridad. Grandes ibis de cabeza roja parados en los picos de las rocas, nos miraban pasar á algunos metros de ellos y alzándose en toda la longitud de sus patas

agitaban sus rosadas alas festoneadas con una bella lista negra. Por encima de nuestras cabezas una especie de buitre de color blanco amarillento, grandes pájaros de alto vuelo se agitaban en el aire. Mas pacíficos por su naturaleza una bandada de pelicanos habían establecido su domicilio en algunos grandes árboles que pagan bien caro el honor de hospedarlos; despojados de sus hojas y abrasados por el guano de que están cubiertos no volverán á verdear: vienen á ser como enormes perchas donde los pelicanos miran pasar el agua, con la cabeza medio oculta entre las plumas.

No es probable que estas islas sagradas deban á tan pacíficos habitantes su sombría reputación: con ellos, en ellos acaso, habitan pues genios misteriosos. Nuestro guía *gallois* se quedó prudentemente en Arumbé, y los mismos *laptots*, á pesar de su título de mahometanos, de que estaban tan orgullosos, se creyeron en el deber de hacernos ciertas observaciones. Pero *Yondogowiro*, el gran fetichero, estaba allí para conjurar la cólera de los genios.

Era cosa de ver á este vejete con su casaca de artillero muy alta de cuello y muy corta de mangas, levantarse en el piragua y tender los brazos en actitud suplicante hacia los pelicanos para recibir con la gravedad que conviene este religioso homenaje. Con una mano agitaba la larga campanilla, emblema de su autoridad sacerdotal, y con la otra desmenuzó en el lago una galleta de bizcocho. Después dirigió á los genios esta invocación.

«Mirad á los blancos que vienen á visitarnos: no los pongais enfermos. Os traen regalos de bizcocho y de *alugon*: no permitais que mueran y haced que lleguen bien al Gabon.»

La plegaria era sencilla y parecía sincera; pero no fue oída mas que á medias, pues Mr. Serval, menos favorecido de los dioses de este Olimpo, volvió con un acceso de fiebre. Los presentes anunciados fueron sin embargo dados liberalmente. Después de la distribución de las migajas *Yondogowiro* se llenó la boca de *alugon* (especie de aguardiente) y lo lanzó al aire haciendo una aspersion hasta sobre nosotros. Pero no hizo esta operación sin tragar por su propia cuenta una parte de la ofrenda: era el diezmo. La ceremonia con sus conjuros, su sacrificio y su libación, fue repetida muchas veces.

Sentada delante de su real esposo, Agueille fumaba en pipa.

Nosotros no insistimos en tomar tierra en aquellos islotes, privilegio que solo pertenece á los grandes feticheros; después de haberlos rodeado, fuimos á la entrada del lago que hace comunicar el fondo del Jonauga con un lago mas pequeño, Eliva Wizanga.

Cerca de la entrada de este canal es donde tienen lugar las apariciones de que tanto se nos había hablado.

Pero nosotros no esperamos verlas, como quiera que no ocurren sino en el mes de las lluvias. Esperábamos sí, que la inspección de los parajes nos diera la clave de aquel fenómeno, á cuya realidad era menester dar algún crédito, pues tanta gente nos había hablado de ello, sin equivocarse en la época, ni en el sitio, ni aun en los detalles.

Hé aquí en qué consiste. Durante la estación de las lluvias, y colocándose uno poco después de la salida del sol delante de la entrada del canal, con la vista hacia el Oeste, se ven en las nubes formas blancas en las cuales la gente del país que ha estado en el mar, pretende reconocer los barcos que pasan por el Cabo Lopez. Afirman verlos maniobrar, izar y arriar velas, disparar el cañón y desaparecer. Sin admitir todos estos detalles ¿no se puede suponer, que el hecho tiene un fondo de verdad, y que se produce allí á pesar de la distancia un poderoso efecto de miraje? Para explicarlo, sería menester admitir que en el momento de la aparición las capas de aire en contacto con el suelo son mas frías y por consiguiente mas densas que las capas superiores, lo que debe ocurrir en efecto por la mañana cuando la tierra está empapada por las lluvias torrenciales que caen durante las noches de invierno. En estas condiciones los rayos procedentes de un barco y destinados á perderse en el espacio se irían sucesivamente bajando por la refracción, describirían una curva que abarcaría en su concavidad las tierras elevadas y terminarían finalmente en el ojo del observador. Este, pues, vería en la prolongación de estos rayos desviados, naves que por su posición y su alejamiento, se escapan á su vista normal. En cuanto á la breve duración de tales apariciones, no hay nada que estrañar: el ardor del sol ecuatorial, abrasando desde su salida, calienta prontamente las capas de aire inferiores, restablece el equilibrio de densidad é iguala las fuerzas refringentes: entonces los rayos desviados se enderezan y desaparece la visión.

Sea lo que quiera, trátase ó no de un miraje verdadero, allí hay ciertamente un fenómeno físico, que infunde en la gente del país ideas de superstición, y que convendría investigar.

Después de esta rápida y curiosa excursión, volvimos á Arumbé con el gran fetichero y su real esposa.

Los hipopótamos del Bango.—El lago Anengué.—Bosque de juncos.—Viaje al Ogo-Wai por tierra.—Región desconocida.—Conclusion.

Terminada nuestra visita al lago Jonauga, nos despedimos de los habitantes de Dembo y nos abandonamos al curso del Ogo-Wai.

El día siguiente visitamos rápidamente un pequeño lago situado cerca del caserío de Avanga-Wiri, el

lago Niogé bella conca de 4 millas apenas de longitud, cerca de la que dejamos definitivamente á los gallois, para volver á encontrar á las tribus que se ligan mas directamente con el mar. Al mismo tiempo veíamos reaparecer los juncos, escasos al principio, luego mas espesos, los cuales nos anunciaban mejor que ninguna observación barométrica, que los terrenos se deprimían y muy pronto iban á hacerse pantanosos.

En el camino supimos que la gente de Arumbé tenía intención de tomarnos en rehenes á nuestro regreso y jugar una mala partida á nuestro piloto, á quien atribuía nuestra negativa á visitarlos á nuestro primer paso. Al ser de día estábamos á 10 kilómetros de allá, á la entrada del Baudu ó Bango, el primer brazo grande que se separa de la orilla izquierda del Ogo-Wai para desembocar en el mar formando por consiguiente el límite meridional de su delta.

Algunas horas después volvimos á entrar en el pueblo de nuestro amigo N'Gowa-Akaga, rey de Dambo. Este excelente hombre nos vió volver con verdadero júbilo: sabía los sentimientos hostiles que animaban á algunos jefes contra el rey del Cabo Lopez, cuyo reciente tratado con nosotros comenzaba á ser conocido; no ignoraba tampoco su codicia por los productos europeos, y no estaba tranquilo por nosotros.

Después de haber reposado algunas horas en este pueblo hospitalario, volvimos á tomar el rumbo de *Pionnier*, que nos esperaba cerca de Niondo á la parte de acá de los bancos N'Gowa-Akaga que nos había acompañado, recibió con alegría por el arrendamiento de su piragua escopetas, pólvora y sal, géneros siempre apreciables lejos del mar; y para sus mujeres telas y perlas que habían de envidiar todas las odaliscas de la ribera.

El día siguiente volvimos á salir en ballenera para visitar el Anengué que Mr. de Chaillu había descrito recientemente atribuyéndola un papel importante en el porvenir comercial del país. Subimos el Azin-Tongo, tributario del Ogo-Wai que vuelve hacia el Este; después un canal mas estrecho el Gongoni, que nos condujo al Bango. Habíamos dicho que este río tenía muchas comunicaciones con el lago: nosotros no tuvimos mas que atravesarlo oblicuamente para hallar la mas importante, el pequeño río Guaibiri.

Nuestra aparición en el Bango turbó un momento una grey de hipopótamos que reposaban cerca de un banco de arena. Ya muchas veces habíamos encontrado de estos enormes animales en el Ogo-Wai, cuyas orillas muestran por todas partes las huellas de sus pasos; pero las habíamos visto siempre por parejas aisladas, sin mostrar sobre el agua mas que la cabeza y la parte superior de la grupa y desapareciendo al menor ruido. Un disparo les hizo sumer-